

Enemigo al acecho

La construcción del contradestinatario en el discurso de los presidentes militares (1930-1982) ¹

Analía Dilma Rizzi

Profesora de Historia (UBA)

Magíster en Análisis del Discurso (UBA)

Introducción

En este trabajo consideraremos al discurso público de los presidentes militares como parte constitutiva del discurso político de la Argentina del siglo XX y por lo tanto, como discurso pasible de ser analizado bajo la premisa de que en todo discurso político la construcción del enemigo se constituye en pieza clave del funcionamiento discursivo. En verdad, más que en cualquier otro discurso político, gran parte de las estrategias discursivas de legitimación de los regímenes de facto giran alrededor de la designación del enemigo y sus acciones.

En función de analizar los modos de construcción de la figura del enemigo discursivo aplicaremos teoría y metodología propias del análisis del discurso y, en particular, algunos de los aportes que en los últimos años ha hecho la llamada historia de los conceptos. Resulta clave en nuestro análisis la indagación en el lenguaje y la dimensión diacrónica con la intención de establecer comparaciones que nos permiten dilucidar continuidades de sentido así como rupturas, resignificaciones y aparición de nuevos sentidos.

En cuanto a la periodización que establecimos se funda en la elección de un corpus que se inicia con los discursos inaugurales del golpismo durante la presidencia de Uriburu (1930) y culmina con los discursos de Galtieri durante el período de la Guerra de Malvinas (1982), a los que consideramos la clausura del discurso propio de los regímenes de facto del siglo XX.

¹ Este trabajo es una adaptación del capítulo 7 de mi tesis de maestría titulado “Los múltiples rostros del enemigo”. Esta tesis fue elaborada con la dirección de la doctora Noemí Goldman y defendida el 23 de noviembre de 2005 en la Facultad de Filosofía y Letras ante el jurado compuesto por Alejandro Cattaruzza, Alejandro Kauffman y Alejandro Raiter. El título de mi tesis es: “En nombre del orden. Dispositivos de legitimación de los regímenes de facto en los discursos de los presidentes militares (1930-1982)”

A modo de presentación del tema, podemos decir que la terminología utilizada para designar al enemigo, perteneciente en gran medida al vocabulario propio de la derecha argentina y, en sentido particular, al “discurso de las Fuerzas Armadas” como institución, traza continuidades entre cada uno de los gobiernos militares. Es más, al realizar el análisis diacrónico constatamos que en la enunciación acerca de quién es el enemigo funciona una caracterización que produce el efecto de sostener la idea de un enemigo único, que pervive en el tiempo pero que tiene la habilidad de manifestarse de múltiples formas². No importa en que contexto nacional o internacional se haya producido cada golpe de estado, se mantiene como constante esta idea de un enemigo único, especie de monstruo de varias cabezas, que es, ante todo, enemigo de los valores esenciales de la nacionalidad.

Desde la misma concepción esencialista con que se define a la nación, la patria, el país, la república y el pueblo como entidades que persisten en un tiempo y un espacio perennes, los enemigos también se instituyen en el discurso como amenaza permanente a los principios que definen el ser de la Argentina. Así, bajo la idea de la amenaza se construye la imagen de un enemigo siempre acechante, capaz de destruir aquello que le da razón de existencia al país.

La construcción del enemigo se inscribe, pues, en ciertos mitos como el del caos y el de la conspiración. Frente al incesante complot del enemigo se levantará la reacción de las Fuerzas Armadas y del pueblo argentino. En consecuencia, la confrontación se definirá en términos bélicos y mediante procesos de dicotomización, entre las cuales alcanzará creciente envergadura la oposición discursiva entre guerra y paz.

Sin embargo, la particularidad de la discursividad que analizamos es que la amenaza excede el plano de lo dicho para colocarse en el lugar de un hacer. El discurso designa al enemigo pero, al mismo tiempo, en razón de su alta performatividad, introduce un hacer represivo. Dado el carácter autoritario de los gobiernos militares y la consecuente aplicación de medidas represivas –que varían en grado hasta llegar al terrorismo de estado de la última dictadura- el discurso que dice responder a la amenaza del enemigo

² Buchrucker (1999: 56) atribuye al uriburismo el desarrollo de esta caracterización del enemigo: “*El uriburismo desarrolló una tesis como dogma político central, que habría de tener muy larga vida en el nacionalismo. Se negaba la existencia de una multiplicidad de problemas y adversarios, para afirmar en cambio la existencia de un solo enemigo, capaz de manifestarse bajo muy variadas formas.*”

se convierte él mismo en amenaza y se plasma en prácticas no discursivas que aseguran la prohibición, la censura, la proscripción política y finalmente, la cruda y despiadada eliminación física del enemigo.

1- Desde las sombras

El tópico de la *salvación/defensa* de la nación/la patria/el país, recurrente en los discursos de los presidentes militares, construye la imagen de la Argentina amenazada, siempre en peligro de ser destruida por un enemigo que prefiere las sombras a la luz. De manera que, ante el peligro que este enemigo representa, la única opción es emprender una lucha que expresa la oposición entre el bien y el mal.

Con el objeto de analizar la construcción del enemigo, realizamos el cuadro de las oposiciones³ a los “conceptos esencialistas” de *nación, patria, país, república y pueblo*⁴. Al hacerlo, constatamos una abrumadora prevalencia de denominaciones con un alto grado de ambigüedad semántica, que producen el efecto de designar como adversarios a múltiples y variados actores sociales y de reforzar el imaginario de un enemigo capaz de escudarse en la oscuridad de sus procedimientos.

Sólo en dos de los regímenes de facto encontramos alusiones directas a los gobiernos derrocados por el golpe de estado en cuestión. En cambio, en todos los casos, aunque de manera muy limitada, hallamos referencias explícitas a ideologías políticas o a partidos políticos y como tópico particular, la puesta bajo sospecha de la política y los políticos⁵.

³ Se adjunta el cuadro como anexo al final de este artículo

⁴ Para realizar el cuadro de las oposiciones seguimos la metodología basada en la elaboración de los campos semánticos. Goldman (1989: 301) define a los campos semánticos como: “el conjunto de empleos de una palabra (o sintagma) dentro del cual esa palabra adquiere una carga semántica específica. A fin de delimitar esos empleos se realiza una “grilla” de todos los entornos que la palabra conoce en un determinado texto”. En la determinación del sentido de un concepto y sus usos se estudia a qué palabras se opone y a cuáles se asocia (identidades equivalentes), sus atributos y su red verbal, en sus dos variantes: “acción de” y “acción sobre”

⁵ Al elaborar el cuadro hemos considerado el siguiente orden de los temas:

- a- Referencias directas a los gobiernos derrocados.
- b- Enunciación de ideologías o partidos políticos.
- c- Formas predominantes de designación del enemigo, en todas las variantes semánticas halladas.
- d- Categorías que construyen los tópicos del engaño y del rumor.
- e- Tópico de la política y los políticos.

Si bien todos y cada uno de los gobiernos de facto, se presentan ante la sociedad como la solución a los “males del pasado reciente”, sólo dos de ellos -justamente aquellos que derrocaron a los presidentes con más consenso popular- aluden directamente al gobierno depuesto. Coinciden en la caracterización centrada, por un lado, en la denominación de *dictadura* o *tiranía* y por otro, en el carácter corrupto de los gobernantes y sus partidarios, sobre los que caen epítetos como *secuaces*, *delincuentes*, *explotadores*, *saqueadores* y hasta, en el caso del peronismo, de *nueva oligarquía/nuevos ricos*.

La diferencia que cabe notar es que -aunque no es la selección léxica más frecuente- Uriburu nombra a Yrigoyen y a Alvear, mientras que los golpistas de 1955, producen el borramiento de los nombres propios del peronismo⁶. El enemigo queda, así, despojado de su identidad para ser objeto de una serie de denominaciones que sólo lo nombran desde el lugar de sus atributos negativos. Esta operación de despojamiento de la identidad que convertía al enemigo en una suerte de fantasma portador de la mayor de las amenazas sobre la sociedad, se acentuaría en los gobiernos militares posteriores hasta alcanzar su grado máximo en la discursividad del Proceso.

Por otra parte, advertimos escasas ocurrencias de los nombres de ideologías o partidos políticos. Esto, indudablemente, no implica que no se los viera como enemigos, sino que se tendía a englobarlos dentro de las categorías que designan de manera indefinida a todos aquellos que alteran el orden.

Precisamente, el tema del orden se constituye en eje vertebrador de la discursividad de los regímenes de facto y, a partir de la disyunción orden-desorden, se define la enunciación de ese otro par dicotómico: el de la oposición amigo-enemigo. El enemigo se ubica, en consecuencia, en el polo del desorden, por lo tanto, se erige en la encarnación del mal absoluto. De Uriburu en adelante, el enemigo es portador de ciertas marcas distintivas que, más allá de los contextos cambiantes y de las resemantizaciones y agregados terminológicos que se producen en la “larga duración” del golpismo

⁶ El borramiento de los nombres propios del peronismo en el discurso de Aramburu tiene su correlato en prácticas no discursivas del período, que fijan desde lo jurídico, la prohibición de nombrar al partido depuesto por el golpe de estado de 1955. El decreto-ley 4161/56 prohibió cualquier tipo de propaganda peronista y estableció la imposibilidad de nombrar a Perón, sus parientes y las expresiones *peronismo*, *peronista*, *justicialista* y la abreviatura *P.P.* y citar los discursos de Perón y de Eva Perón.

argentino, se mantienen como regularidades. En primer término el enemigo, en tanto representación del mal se define desde metáforas de la oscuridad y de la suciedad. Este enemigo, agente del mal, sólo sabe de conspiraciones, de intenciones malévolas, confunde a través de palabras engañosas y de rumores, miente y se infiltra. Esa manera de actuar dice algo más sobre el enemigo: es cobarde. Así lo podemos ver en los siguientes ejemplos:

“... hombres que se solidarizan en forma ostensible o vergonzante con el régimen depuesto, al ver fracasada toda tentativa de contrarrevolución, desatan su despecho, ya que perdieron las esperanzas de retornar al gobierno, difundiendo *rumores malévolos* contra el país y contra su crédito en el extranjero. Esa gente, *revolcándose cobarde en la impotencia*, cual si fuera aliada del anarquismo comunista, busca minar al Ejército y la solidaridad de los oficiales a base de la *mentira*” (Uriburu – 7/7/31)

“Ciertos políticos desalojados de las posiciones públicas usan toda clase de recursos en vanos intentos de desprestigiar la obra de la revolución. El *infundio*, el *rumor intencionado*, la *desconfianza suspicaz*, son elementos de su *diaria campaña*. Con ello sólo engañan a los timoratos o sorprenden a los ingenuos. Realizan su *obra perturbadora* en el interior y sorprenden bajo el amparo del asilo, en países extranjeros. Juegan indecorosamente con el prestigio del país, realizando desde las naciones donde se han radicado, con abuso de la hospitalidad que se les otorga y como medio de postergar las sanciones punitivas que merecen, la *mascarada de la conspiración* en aras de un ilusorio retorno al poder que no supieron honrar.” (Farrell – 4/6/44)

“Existen, y hay probadas constancias, *enemigos emboscados* en todos los sectores de la vida nacional, dedicados a crear y a apoyar conflictos cualesquiera que ellos sean.

Así se pretende alterar y perturbar la línea trazada por la Revolución, en el aspecto inmediato y someter hombres y al mismo país cuando llegue la oportunidad a una ideología que nos es extraña.(...)

Agitando banderas de pacifismo y de beneficio social usan las trompetas del *engaño* y la *mentira*, captando hombres honestos dueños de una vida de trabajo noble y responsables de una familia constituida. ¡Abran los ojos los argentinos porque los enemigos, con su arte insuperable, se *infiltran* ante la primera vacilación y en cualquier actividad” (Aramburu – 8/9/56)

“Gozábamos hasta hace pocos días, de un clima de tranquilidad y trabajo, que era excepcional en un mundo desgarrado por la anarquía y la violencia. El gobierno mismo no compartía entonces el optimismo de muchos argentinos, que creían haber hallado por fin una solución ideal para progresar en paz y libertad. Conocíamos a nuestro adversario.

Desde el primer día de la revolución, empezaron con su *prédica disolvente*. Sembraron pesimismo e incertidumbre. Criticaron siempre sin aportar nunca una solución concreta. Se escudaron en el anonimato del *rumor*, la *versión falsa* y la *noticia instrumentada*; en la *conjetura maliciosa* y en el *comentario suspicaz*.” (Onganía – 7/7/69)

“La subversión sirve a una causa esclavista y a una concepción que aniquila los derechos humanos.

Una concepción nihilista, sin Dios, sin libertad, sin dignidad humana y sin lealtad.

Una concepción donde rigen los antivalores de la traición, la ruptura de los vínculos familiares, el crimen sacrílego, la crueldad y el *engaño sistemático*.

Las fuerzas armadas ya han infligido golpes decisivos a ese *enemigo solapado*, demostrando su aptitud combativa, su eficacia operacional y, por sobre todo, su coraje.

Pero la lucha se dará en todos los campos, además del estrictamente militar. No se permitirá la acción disolvente y antinacional en la cultura, en los medios de comunicación, en la economía, en la política o en el gremialismo. *Los emboscados tendrán que salir de sus cubiles.* Ningún crimen, ninguna traición, ninguna afrenta, quedarán impunes.” (Videla – 7/7/76)

Tal como este último fragmento nos permite reconocerlo, se produce una deshumanización del enemigo al asimilarlo con animales que se esconden en sus *cubiles/refugios*⁷. Además, desde las sombras, agazapado, solapado en sus acciones, el enemigo porta el estigma de la enfermedad, inculca sus virus al cuerpo social. El organicismo impregna el discurso. Los enemigos son *gusanos de pobredumbre, elementos nocivos, fermentos despreciables y regresivos, extremismos malsanos, un cáncer que hay que extirpar, un virus totalitario, un flagelo.* Y como sucede con las enfermedades, el ataque de esos enemigos deja *secuelas* en la sociedad.

Entre las denominaciones más frecuentes y cargada de una gran indefinición, se encuentra en todos los casos la de *extremismo/extremistas* para referirse al enemigo. Para Uriburu, la expresión del extremismo son el *anarquismo* y el *comunismo* pero su acción se vuelve aún más peligrosa porque forman alianza, asociándose con el *radicalismo* y *bandoleros* (sic) para conspirar contra el gobierno⁸. De manera que podemos decir que la actitud defensiva y paranoica se manifiesta desde el primer golpe de estado. En ese mismo sentido, Farrell al referirse a las *prédicas ajenas al sentimiento argentino* en su discurso del 4 de junio de 1945 dice:

“Todos los extremismos conducen al caos y provocan la división suicida de las sociedades”

Aquí aparece otro elemento común a todos los discursos que analizamos: atribuirle al enemigo la intención de *disolver* a la nación o, desde una connotación de mayor afectividad, a la patria. Es decir, que el enemigo –no importa cómo se lo describa- es siempre enemigo de la patria, por ende, de los valores esenciales de la argentinidad. Se construye, así, una idea de alteridad, según la cual el mal viene de afuera, no forma parte del modo de *ser argentino*. El enemigo es siempre un invasor, alguien que expresa

⁷ Conviene recordar la persistencia del ideograma civilización-barbarie en el imaginario político argentino. Podría observarse la interdiscursividad y la perdurabilidad de la bestialización del enemigo al recordar que en 1879 Julio A. Roca pedía “*ir directamente a buscar al indio a su guarida, para someterlo o expulsarlo*”

⁸ Uriburu: Mensaje al pueblo de la República, 6 de septiembre de 1931

ideas *extrañas/ajenas/foráneas*, aunque haya nacido en la Argentina. Por lo tanto, la dicotomía adentro-afuera atraviesa el discurso al punto de colocar el bien en relación con la argentinidad y sus valores y el mal en franco parentesco con los antivalores de lo antiargentino.

Este adversario que opera clandestinamente para llevar adelante sus propósitos criminales halla en las universidades uno de sus lugares predilectos para sembrar sus ideas y generar el conflicto. Todos los presidentes militares dedican párrafos al tema de las universidades como lugares del peligro para la patria/nación. Como consecuencia, los jóvenes estudiantes se tornan ora en enemigos, en tanto adscriben a *las doctrinas extrañas* a la nacionalidad, ora en víctimas inocentes de la *prédica disolvente*, encarnada en muchos casos por los mismos docentes, que pasan a ser sospechosos o directamente, cómplices de esas ideas:

“La *enseñanza universitaria*, desde algunos años atrás, ha sido profundamente *perturbada* por la influencia de sistemas políticos y sociales opuestos a los que informan nuestra civilización y nuestras instituciones y notoriamente contrarios a los fundamentos racionales que han determinado la creación y sostenimiento de las universidades del país” (Uriburu –6/9/31)

“La *perturbación*, el descreimiento público y una suerte de irresponsabilidad colectiva, prolongaban tal estado de cosas en los claustros universitarios, ambientándolos de *inquietudes disolventes e inorgánicas*. El laboratorio y el aula habían perdido su digna jerarquía y su prestancia tradicional. Al estudio reposado e investigador sucedía la exposición verbalista y doctrinaria, sin contenido científico, destinada más a *perturbar anarquizando* que a cultivar enseñando. (...)

La política activa no debe penetrar más allá de las puertas de la Universidad. Nada debe interrumpir el sereno ambiente en que se plasma el futuro de la Nación ...” (Farrell – 4/6/44)

“La educación es uno de los problemas esenciales porque en ella está involucrada la formación de nuestra juventud y el futuro de la patria; en el texto de las leyes buscaré la solución en el jerárquico llamado a los hombres de elevada cultura, con la experiencia y la recidumbre espiritual indispensable para darnos la solución de un problema que a todos preocupó siempre y que ha sido bastardeado por el gobierno depuesto en el intento de convertir escuelas y universidades en instrumentos de su propaganda política, de su demagogia y de su afán de corromper conciencias para disponer de instrumentos dóciles.” (Lonardi –23/9/55)

“El país requiere de la comunidad universitaria que extirpe definitivamente de su seno a quienes utilizan el derecho de estudiar, privilegio del que no gozan otros, para crear condiciones de *desorden y de destrucción*.” (Onganía – 7/7/69)

“En lo que hace a la educación, el gobierno de las fuerzas armadas debió, ante todo, pacificar y reorganizar las *universidades*, penosamente *afectadas por el accionar ideológico de la subversión* y hacer frente, al mismo tiempo, al estado de desatención en que se encontraban la enseñanza primaria y secundaria y el personal docente que la imparte.” (Videla – 26/3/81)

Más allá de estas constantes que señalamos para todos los discursos de los presidentes militares, importa encontrar las rupturas y las nuevas emergencias de acuerdo con el contexto en que se sitúa cada uno de los procesos de facto.

En primer lugar debemos subrayar, que si bien están ya presentes en la construcción de la figura del enemigo las ideas de disolución de la patria y el organicismo, en el discurso de Uriburu no se halla el término subversión, de larga historia en los regímenes militares posteriores. En su discursividad predomina la enunciación de un contradestinatario *sedicioso*, es decir, capaz de levantarse contra el orden establecido, en este caso, el del gobierno militar. Por eso el enemigo es, además, un *perturbador*, en tanto pone en peligro los logros de una “Revolución” que se impuso en su intención de salvar a la república. En tanto Uriburu define a su gobierno como poseedor de consenso popular, los enemigos son *sectarios*, selección léxica que implica colocarlos en el lugar de una minoría que persigue fines propios, en contra del bien general.

La definición del enemigo como *perturbador* y *sectario* se repite en el golpe del 43, pero, además, los presidentes del período introducen un término de fuerte connotación negativa, destinado a perdurar en el lenguaje de los regímenes de facto posteriores: el de *subversión*⁹. Así como este término comparte con sedición, el sentido de la alteración de un orden, su sentido se extiende más allá, hacia una dimensión que supera lo político para colocarse en el campo de lo moral. Subvertir no es solamente alterar el orden político establecido, sino, y ante todo, perturbar, trastornar, negar, y aún más, emprender acciones contra los valores morales de la sociedad. Si para Uriburu la cuestión del enemigo se centraba en una disputa por el orden político que se consideraba válido para el pueblo argentino, los golpes de estado posteriores agregan y, a la vez, instalan en lugar principal, una lucha por la salvación de los valores trascendentes del pueblo argentino o los de un orden más amplio aún, el de la civilización occidental y cristiana.

⁹ El término “subversión” formaba parte de la discursividad de los sectores conservadores a principios del siglo XX, como modo de designación del enemigo, en particular, de los anarquistas. En función del reconocimiento de interdiscursividades, debemos recordar que los primeros años del siglo pasado son los de la profesionalización de las Fuerzas Armadas argentinas.

El golpe de 1955 traería a escena con mayor fuerza la idea de la subversión, en la que quedaban inscriptos como elementos perturbadores tanto el peronismo como el comunismo. Durante los primeros tiempos de gobierno, el peronismo sería el contradestinatario al que se dedicarían las páginas de la discursividad de Lonardi y Aramburu pero ya en 1956 se descubren los ecos del contexto internacional de la Guerra Fría cuando Aramburu sostiene que:

“El Estado democrático también necesita del sindicalismo, por ser enemigo declarado del comunismo siempre acechante.”¹⁰

El mismo tema reaparece en los discursos posteriores, precisando la categorización del comunismo como ideología perturbadora y agitadora, disolvente de la argentinidad y la oposición entre esclavitud y libertad construida sobre el eje afuera-adentro¹¹. En un discurso en las postrimerías de su gobierno, el 13 de febrero de 1958, Aramburu anuncia al pueblo de la Nación que le han llegado muchos proyectos proponiendo la *ilegalización del comunismo* pero que se ha negado porque no lo considera un problema del gobierno sino del pueblo, el que debe luchar “*con todas las armas antes de que sea tarde*”. A diferencia de lo que sucedería en los años 70, todavía la lucha contra la subversión no parecía ser prioridad del Estado pero sí una creciente preocupación. De esa preocupación dan cuenta las siguientes características que Aramburu le atribuye al comunismo, a fin de alertar a la población sobre la peligrosidad de esta ideología:

el comunismo

- *es una doctrina de esclavitud, donde el hombre es juguete del más crudo imperialismo de Estado*
- *atenta contra la libertad*
- *trabaja en la clandestinidad*
- *consigue el dominio de las situaciones en base a la perseverancia y resistencia*
- *se infiltra a pesar de constituir un núcleo reducido*

¹⁰ Aramburu: Discurso durante la visita a la ciudad de Concepción del Uruguay, 1 de mayo de 1956.

¹¹ Sirve de ejemplo el siguiente recorte discursivo tomado del discurso pronunciado por Aramburu en Tres Arroyos, el 10 de noviembre de 1956: “A pesar de las claras y categóricas advertencias, el comunismo, alimentado por fuerzas inagotables de oro fáciles de ubicar, redobla sus esfuerzos en pos de la *agitación y perturbación*.”

Los *disolventes y agitadores* son *elementos ajenos* a nuestros sentimientos y vocación.

Si sus instintos los inclinan por la *esclavitud*, hemos de invitarlos para emigrar a otras tierras, porque éste es país de libertad.”

Esta construcción acerca del comunismo va a llevar a la instalación en el discurso de una categoría que será clave en los regímenes posteriores: la de *terrorismo*. Tanto el término comunismo como el término terrorismo se irán resemantizando al calor de la Doctrina de la Seguridad Nacional, hasta designar, de la manera más amplia posible, a todo adversario.

Con el uso del concepto de terrorismo, a los atributos negativos ya señalados para el enemigo en general y para el subversivo en particular, se suma, entonces, el sentido de la violencia ejercida por el enemigo para la consecución de sus fines, violencia que amenaza a la sociedad con un dominio por el terror. Se va completando, así, la construcción de una imagen del enemigo como alguien que no tiene piedad y que con sus acciones no pone en peligro sólo al gobierno o a las fuerzas militares, sino a la sociedad toda. De ahí que Aramburu advierta a la población acerca de la peligrosidad del enemigo y de la necesidad de que el pueblo entero esté preparado para defenderse.

En la discursividad de Onganía, con respecto a la caracterización del contradestinatario debemos distinguir dos momentos. Hasta el alzamiento popular de mayo de 1969 conocido como Cordobazo, la confianza en el proyecto modernizador y transformador dejó de lado momentáneamente la preocupación por la subversión/ el terrorismo. El enemigo parecía estar únicamente en las rencillas/odios del pasado reciente, con sus *prácticas perniciosas*. Sin embargo, ante los acontecimientos de mayo del 68, que colocaron al mundo -según palabras de Onganía- frente a *condiciones dramáticas*, el discurso comienza a hacer foco en el tema de la violencia. En su mensaje del segundo aniversario de la Revolución Argentina, el 29 de junio de 1968, Onganía hace un diagnóstico de la situación internacional:

“El *inconformismo de las nuevas generaciones* –que en otros países niegan su consenso, no sólo a la autoridad familiar política sino a la misma sociedad a la que pertenecen- provoca que en abierta *rebeldía* se vuelquen a las *ideas anárquicas del siglo último*, que asuman una postura de total negación por no encontrar cauce a sus impulsos, adecuada orientación de los dirigentes ni valores espirituales de suficiente trascendencia que satisfagan sus ideales. Ideales que van más allá de los resultados de un desarrollo obtenido, sobre la base exclusiva de *motivaciones materialistas*.”

Hasta ahí, la cuestión de la rebelión de los jóvenes parecía ser un asunto ajeno a la Argentina pero pronto adquiriría primer plano con la insurrección popular en Córdoba. Pocos días después del levantamiento, el 4 de junio de 1969, Onganía se dirige al país:

“Cuando en paz y con optimismo la República marchaba hacia sus mejores realizaciones; *la subversión en la emboscada, preparaba su golpe.*

Los trágicos hechos de Córdoba responden al accionar de una *fuerza extremista* organizada para producir la insurrección urbana. Allí están reflejados, en víctimas y en sangre, en humo y fuego, en barricadas y destrucción, los únicos propósitos de *los insurrectos*. La consigna era paralizar a un pueblo pujante que busca su destino, la *guerra civil* a cualquier precio. Manos argentinas fueron las que mayor saña pusieron en la tarea bochornosa de destruir lo nuestro.”

Así, vuelven a escena y con mayor dramatismo, los tópicos de la subversión y su accionar conspirativo. Los objetivos de los insurrectos atentan contra la Argentina grande que se proponía construir el onganiato. En definitiva, tal como sostiene Potash, “*el Cordobazo había destruido el mito del consenso*” y “*había intensificado las diferencias dentro del personal militar*”¹². La construcción discursiva de la unidad entre Fuerzas Armadas y pueblo en pos de la grandeza nacional se derrumbaba ante la contundencia de los hechos. Había que realizar las operaciones discursivas necesarias para poner a salvo a los “buenos y verdaderos argentinos” frente a los *agentes del terror*.

Una distinción jerárquica de “categorías de muertos” - que luego el Proceso volvería uno de los argumentos centrales de su prédica- se instala en el discurso. La subversión deja víctimas inocentes, que han sufrido terribles martirios, entre los civiles –se trata de pacíficos ciudadanos, algunos de ellos padres de familia- pero también, entre el personal militar y policial. La causa del bien empieza a tener sus mártires, muertos que, dada su condición ética, representan vidas más valiosas que las de los subversivos:

“La muerte de un estudiante enluta a toda la comunidad y al gobierno, pero también enluta a la comunidad y al gobierno la muerte de un ciudadano pacífico, padre de dos hijas jóvenes, incendiado vivo en su coche. También enluta a la comunidad y al gobierno la *muerte de jóvenes*

¹² Potash (1994 IV: 101). Con respecto al mismo tema, el de la ruptura del “supuesto consenso” al gobierno de Onganía, Rouquié (1991: 432) afirma: “*La huelga puso rápidamente al descubierto la fragilidad de la ‘paz social’ de Onganía; la reciente tranquilidad parecía ahora no haber significado la ausencia de disidencias, sino un estado de letargo temporal, al suprimir los canales institucionales normales mediante los cuales se expresaba la oposición, el gobierno había estado enroscando un resorte cuyo aflojamiento hizo aparecer la oposición con fuerza devastadora. El levantamiento de Córdoba dividió al Ejército. Onganía y sus adeptos culpaban a la influencia cubana y querían una decidida demostración de fuerza; el otro grupo, encabezado por el comandante en jefe del Ejército, general Alejandro Lanusse, prefería hacer concesiones. Prevaleció esta última opinión, y a los pocos días Onganía renovó todo su gabinete ...*”

conscriptos y de policías que cumpliendo con su deber, han sido bajados a balazos en las calles de una ciudad presa del terror.”

La rebeldía de los jóvenes, poco tiempo antes vista por Onganía como un tema del mundo materialista que no les daba respuestas, se vuelve a partir del Cordobazo una problemática nacional. Los jóvenes integran la lista de los culpables que operan desde la oscuridad para sembrar el caos:

“Comprendo la carga de idealismo que temple el corazón de un joven y lo empuja a poner su vida al servicio del ideal y a jugarla en una barricada cuando cree que su causa es justa, pero ¡cuán grande tiene que ser la provocación para *asesinar desde la sombra*, para hacer fuego contra conciudadanos, para incendiar, saquear y matar!”

Ante la situación de caos generada por el enemigo, se levanta la voz del gobierno para imponer las condiciones del orden. El discurso se impregna de performatividad¹³; la amenaza se instala como el tono que se repetirá a partir de ahí en otros discursos de este gobierno:

“El que no lo quiera entender asume sus responsabilidades. No vivimos momentos de duda ni de titubeo: *o se está con la paz y el orden con el país, o se está contra él.*”¹⁴

La advertencia, la amenaza al enemigo se hará práctica corriente del gobierno pero es, a la vez, el modo de decir de los sectores opositores. Así, en la Argentina de los años 70, en el marco de una violencia creciente, se gestará un “*discurso justificatorio de la violencia popular*” (Svampa, 2003) y su contradiscurso, que legitimará la intervención de las Fuerzas Armadas. En el plano de las prácticas no discursivas, cierta legislación irá marcando el compás que llevará a la militarización del Estado y, a partir de ella, de la sociedad toda. Ante el asesinato de Aramburu el 1 de junio de 1970, Onganía anuncia

¹³ Teniendo en cuenta que el discurso que analizamos corresponde a un presidente se trata, según la clasificación de tipos performativos que realizan Lozano, Peña-Marín y Abril (1997: 181) de lo que denominan un “*acto de autoridad*”, en tanto su legitimidad deriva de la institución de que procede. En razón de esto, el enunciador se presenta como portavoz o instrumento de la institución en nombre de la cual habla.

¹⁴ La amenaza se repite en otros discursos, como por ejemplo, en el discurso al pueblo del 31 de marzo de 1970: “... sepan los que a pesar de esta advertencia recurran a la violencia o al desorden, que *garantizaremos a cualquier precio la paz* de los que estudian y trabajan, y que *reprimiremos con máxima severidad* a quienes no entiendan el noble ejercicio de la libertad. *No habrá cuartel para los enemigos de la Patria.*”

una ley que impone la pena de muerte por ciertos delitos. El 7 de julio de 1971, bajo el gobierno de Lanusse, se dicta la Ley de Prevención y Represión del Terrorismo y la Subversión. Entre julio del 74 y marzo del 76 podemos afirmar que se diseñó la “*estrategia de ‘relegitimación’ de los militares a partir del combate contra la ‘subversión’*” (Svampa, 2003: 385). En febrero de 1975 un decreto presidencial secreto -luego convertido en ley- impartió la orden para combatir a la guerrilla instalada en Tucumán: se iniciaba, así, el llamado “Operativo Independencia”¹⁵. Meses después, en septiembre, el generalato aprobó la “Estrategia Nacional Contrasubversiva”, que proponía extender y profundizar lo que se venía haciendo desde principios de año en Tucumán.

De esta manera gana terreno la idea de oponer a la conspiración subversiva, métodos clandestinos. Desde lo simbólico, la legitimidad se obtiene al oponer al complot un contracomplot, porque como dice Girardet:

“El postulado inicial es simple: el único medio de combatir el mal es volver contra él las mismas armas de que se sirve. El enemigo actúa subterránea y clandestinamente; flexible, inasible, capaz de infiltrarse en todos los medios, su habilidad suprema es la de la manipulación, sus tropas, invisibles pero presentes por doquier, están sometidas a una obediencia incondicional. Por lo tanto, sólo una organización que responda a las mismas características, secreta, disciplinada, jerarquizada, adiestrada para maniobrar en la sombra, podrá oponérsele con posibilidad de victoria.” (Girardet, 1999: 56-57)

A diferencia del régimen de Onganía, en el cual la cuestión de la subversión se instaló como tópico tardíamente y a partir de ciertas situaciones concretas de violencia, el Proceso encontró su consenso inicial en la lucha contra el enemigo subversivo como única vía para la salvación de la patria amenazada. Bajo el lema de la lucha contra el enemigo subversivo, se disfrazaría una acción política destinada a eliminar toda oposición, es decir, a someter a la sociedad al mayor de los silencios. Aniquilar al

¹⁵ Según Yannuzzi (1996: 30): “*El así llamado operativo Tucumán, tal como lo manejó el gobierno constitucional, facilitó que las Fuerzas Armadas se escindieran aún más del poder civil, legitimándolas además como las únicas capaces de controlar la subversión. Pero, al no ejercerse control político alguno sobre el accionar del ejército en aquella zona, la cuestión dejó de ser un problema político, para convertirse en una cuestión exclusivamente militar.*”

enemigo equivalía a borrar toda forma de conflicto para instalar sólo formas de obediencia ciega a un estado omnímodo¹⁶.

En realidad, de acuerdo a lo que hemos analizado hasta aquí, las condiciones discursivas para la instalación del tópico de la subversión se venían creando desde la década del 50¹⁷. En una sociedad permeable al discurso en contra de la *delincuencia subversiva*, el tema sería central y por momentos excluyente, en un discurso que ritualizaría ciertas fórmulas para designar al enemigo y sus acciones.

Con el objeto de indagar cómo se construye en el discurso procesista la representación del “enemigo subversivo” hemos elaborado la red verbal y los atributos correspondientes al período que abarca la presidencia de Videla (29 de marzo de 1976 a 29 de marzo de 1981).

**RED VERBAL DE SUBVERSION (ACCION DE)
PRESIDENCIA DE VIDELA (1976-1981)**

Sembrar el caos/el terror
 Implantar su ley de odio y terror
 Agredir a la sociedad
 Imponer la guerra
 Imponer su pretendida revolución
 Someter a toda la Nación a su poder absoluto
 Destruir todo lo que les oponga resistencia
 Desintegrar el territorio nacional

¹⁶ Vezzetti (2002: 57) afirma que “... en esa visión de los enemigos del cuerpo social como agentes patógenos se sostenía la imagen de una intervención drástica de defensa orientada al exterminio. La idea de una violenta restitución de la integridad de la nación, que pretendía suprimir las manifestaciones del antagonismo, finalmente, negaba la existencia misma del conflicto social y político. Se transmitía así una visión que en un punto es propia del totalitarismo: la operación imposible de la reincorporación de las diferencias en un cuerpo político unificado, una unidad imaginaria que es previa a las instituciones y a las leyes.”

¹⁷ Según Novaro y Palermo (2003: 83): “La percepción por parte de las FF AA , de la ‘amenaza comunista’, en el período previo al golpe, es sólo una parte de la explicación, y no la más significativa. El haber sido blanco directo de ataques guerrilleros fue apenas la confirmación, consciente o inconscientemente magnificada e instrumentada, requerida por un diagnóstico, un ideario y un proyecto que, más que una reacción exaltada y circunstancial, respondían a una profunda convicción que había ido gestándose desde largo tiempo antes. Más precisamente desde mediados de los años cincuenta, cuando se inició un largo ciclo de inestabilidad política en el país, del que se haría responsable tanto al peronismo, crecientemente radicalizado e indomeñable, como a la izquierda revolucionaria. Paso a paso, desde entonces, fue tomando forma la doctrina de la seguridad nacional, que identificó un enemigo social, político e ideológico con muchos rostros y brazos, que actuaba en distintos terrenos y con variadas formas organizativas y métodos: ‘la subversión’.”

Contar con apoyo del exterior

Servir a una causa esclavista

Usar métodos que repudian el más elemental respeto por la dignidad del hombre

Traicionar

Infiltrarse

Violar la vida humana

Aniquilar los derechos humanos

Atacar la cultura

Trastocar los valores tradicionales

Destruir los valores eternos de la argentinidad

Menoscar las bases mismas de nuestra identidad

Minar nuestros conceptos de patria y religión

Romper los vínculos familiares

ATRIBUTOS DE SUBVERSION

PRESIDENCIA DE VIDELA (1976-1981)

Peligrosa

Criminal

Cruel

Agresiva

Destruyctiva

Violenta

Fanática

Intolerante

Intransigente

Totalitaria

Engañadora

Solapada

Traidora

Irracional

Demencial

Extraña

Antinacional

Nihilista

Del análisis de la red verbal que comprende las acciones que se le atribuyen a la subversión se desprende su caracterización que la coloca en el lugar de la violencia a través de verbos que trazan la imagen de un enemigo deshumanizado, capaz de las peores acciones contra la sociedad toda. Fundados en el mito de la Argentina amenazada, los militares constituyen a los subversivos como “desintegradores del territorio nacional” y de algo más importante aún, los valores de la argentinidad. Si hay una identidad argentina que se mantiene en el tiempo y el espacio tal como lo postulaba el esencialismo patrio de los militares, la subversión viene a acabar con ella. Sus víctimas: la patria, la religión¹⁸, la familia.

Esta representación del enemigo desde la carencia de valores éticos fundamentales opera como dispositivo legitimador de la represión estatal, en tanto el oponente no puede ser recuperado para la sociedad sino que debe ser “erradicado” para siempre de ella.

En cuanto al rol legitimador de esta caracterización del enemigo, nos parece clave el uso de fórmulas ritualizadas, que se repetían en el discurso presidencial, pero también – tema que escapa a nuestro análisis- en la discursividad de otros representantes del poder político y militar del período y, lo que es muy importante en cuanto a los efectos sobre los destinatarios, en los medios de comunicación¹⁹.

La descripción limitada a una serie de formulaciones discursivas que se repiten constantemente en los discursos y al interior de cada uno de ellos en particular, se corresponde con una red de atribuciones negativas -también restringida- que contribuye a diseñar la figura de un enemigo de *alta peligrosidad*, en tanto amenaza para toda la sociedad, *solapado y traidor, fanático y demente* hasta el punto de elegir como único camino la violencia. El argumento es que esta amenaza se cernía sobre la sociedad en el momento en que las Fuerzas Armadas tomaron el poder, en la forma de un enfrentamiento entre los *extremos*, enunciado también como *la violencia de uno y otro*

¹⁸ Vezzetti (2002: 91) sostiene que “... la religión agregaba un rasgo decisivo a la significación fuerte del término subversión. En el terreno propiamente doctrinario, aquello que debía ser suprimido era algo más que una desviación política o un extravío ideológico en la medida en que se tocaba con una abominación esencial respecto de un orden que Dios habría impuesto en la Tierra.”

¹⁹ Acerca de la difusión de esta representación del enemigo/subversivo consultar como fuentes primarias las revistas “Para tí”, “Gente” y “Somos” de la editorial Atlántida, correspondientes al período que analizamos. Para el concepto de discurso intermediario aplicado a la prensa ver: Chirico, María Magdalena (1987 : 53- 85)

*signo*²⁰. En consecuencia, la llamada “teoría de los dos demonios” legitimaba la acción represiva al comienzo del Proceso, tal como años después, al final del mismo, sería enarbolada como justificación de lo realizado y como argumento para exigir el perdón de los delitos cometidos.

En realidad, la peligrosidad aumenta por el hecho de ser un adversario que actúa desde las sombras y se infiltra en todos los sectores de la sociedad. Este carácter de *infiltrado* atribuido al enemigo refuerza la idea de conspiración y produce el efecto de extender el concepto de subversivo hacia todo aquel que, al pensar distinto, rompe con la unidad monolítica de la nación. El infiltrado es, precisamente, aquel que se hace pasar por un igual, por un argentino más, cuando, en verdad, está favoreciendo la difusión de ideas disolventes. De esta manera, el problema de la subversión se constituye en problema de todos; el enemigo está dentro del país pero viene de afuera, no es un verdadero argentino. Hay que descubrir dónde se encuentra; el enemigo está en permanente complot contra el país y sus valores. Por lo tanto, la figura del enemigo traza las fronteras entre un adentro y un afuera simbólicos: ser argentino o ser antiargentino²¹. Así, se extendía la idea de culpabilidad hasta encontrar “*Culpables y cómplices en todos los ámbitos*”²². De esta manera, cualquiera podía portar el estigma de no ser argentino²³, aún por el hecho de estar *equivocado* o comportarse como un *indiferente*²⁴. La oposición con el enemigo se definía según un proceso de dicotomización tal que no había cabida para posiciones intermedias, de neutralidad²⁵.

²⁰ En Vezzetti (2002: 121) leemos: “... el discurso de orden enunciado por las Fuerzas Armadas no dejaba de utilizar esa figuración del enfrentamiento de los extremos para justificar la necesidad de una intervención que devolviera al Estado, el monopolio de la violencia.”

²¹ Filc (1997: 201) analiza la manera en que el concepto de subversión se extendió en toda la sociedad, a través del temor a la pérdida de la identidad como argentino: ‘*Subversión*’ fue no obstante teñido de una implicancia de ‘maldad’, asociándose con libertinaje, perversión y muerte.(...) La capacidad de penetración de la palabra ‘subversión’ sumada al carácter abierto del concepto de ‘guerra total’ llevó a que, confrontado con la dicotomía argentino/no argentino, uno no pudiera determinar con certeza la propia ‘argentinidad’. La presión creada por la culpa y el miedo en aumento llevó a muchos a alejarse de cualquiera que fuera considerado un ‘portador’ de la ‘enfermedad de la subversión’, pues la sospecha bastaba para perder la condición de argentino.”

²² Videla: Discurso en la cena anual de Camaradería de las Fuerzas Armadas, 7 de julio de 1976.

²³ La distinción entre verdaderos y falsos argentinos aparece por primera vez en Farrell, en el discurso del segundo aniversario del golpe de estado, como derivación del ser o no patriota: “... no creo que existan verdaderos argentinos que provoquen la división de la patria, cuya unidad espiritual es particularmente indispensable en estos históricos momentos.”

²⁴ En el cuadro de oposiciones se puede constatar que, en este sentido, el Proceso continúa y le agrega mayor performatividad al discurso de regímenes anteriores que habían inaugurado estas categorías

En síntesis, el Proceso continuaba tópicos ya presentes en los regímenes militares anteriores pero les daba una nueva dimensión al colocarlos en el marco de una concepción que excedía la mera retórica acerca de combatir el mal, para expresarse en un “enfrentamiento real” contra los enemigos, apelando a métodos de una violencia inusitada que tuvieron como efecto implantar frente a la representación de un enemigo solapado, conspirando en la oscuridad, un sistemático plan de terrorismo de Estado, fundado en la idea del *exterminio/aniquilamiento* de la subversión en todas las formas que adoptara. Basta el análisis de la red verbal de acciones a ejecutar sobre el enemigo para ver cómo se despliega una semántica de la violencia según la cual con el enemigo no se pacta, no se dialoga; sólo se lucha hasta la victoria final.

RED VERBAL DE **SUBVERSION** (ACCION SOBRE)
PRESIDENCIA DE VIDELA (1976-1981)

Luchar
Combatir
Aniquilar

Tomar medidas drásticas
Extirpar

Infligir golpes decisivos
Descabezar sus cúpulas
Destruir su aparato logístico y de propaganda
Destruirla en sus refugios

Derrotarla
Lograr la victoria

No obstante esta retórica belicista y la persistencia en el discurso del fantasma de la subversión, se puede decir que a un año del golpe de estado, las acciones de las

discursivas a partir de las cuales condenaban las actitudes de neutralidad y/o las de crítica. Es particularmente significativa la insistencia de Aramburu en descalificar las actitudes de *los indiferentes*, a los que define como *los que se mantienen alejados de la argentinidad* y como seres *dóciles*. Los denomina *el voto en blanco de la vida* y pide *que se los combata, educándolos* (Aramburu: Discurso en la ciudad de San Luis, 4 de agosto de 1956)

²⁵ No sólo las fórmulas ritualizadas del discurso presidencial y de otros funcionarios del régimen, sino también una insistente publicidad difundida por los medios de comunicación contribuían a convocar al pueblo argentino a la defensa del país amenazado por la subversión.

organizaciones guerrilleras – ERP y Montoneros - eran casi inexistentes. El mismo general Videla en su discurso en Tucumán, el 24 de septiembre de 1976, anuncia que las Fuerzas Armadas “*están logrando la victoria ya próxima*”. Sin embargo, según el imaginario de un enemigo siempre presente y amenazante en todas partes, Videla continúa con sus constantes referencias a la amenaza subversiva, en tanto elemento clave en la legitimación de las acciones de las Fuerzas Armadas²⁶.

El 9 de febrero de 1978, tercer aniversario del Operativo Independencia, subraya “*el triunfo es nuestro*” pero, en el mismo discurso, exige la continuación de la lucha porque el enemigo se expresa de otras formas y en otros ámbitos:

“Dijimos que la Operación Independencia no ha terminado; diremos que *la lucha contra la subversión en todo el país, en todas las manifestaciones del quehacer nacional, tampoco está terminada.*

Si bien sus expresiones armadas se encuentran virtualmente eliminadas, *es indudable que el adversario recurrirá, y ya lo ha hecho, a otras formas y procedimientos para agredir a nuestra sociedad.*

Su peligrosidad es directamente proporcional a la sutileza con que se empleen.

Es por ello que *nadie puede sentirse relevado de su puesto de combate.* Y eso no sólo implica empuñar con decisión un fusil. Muy primordialmente en esta hora, significa aceptar el peso de las responsabilidades que a cada argentino competen.

Ocupe cada uno su lugar y la victoria será segura.”

A comienzos de ese año 78 y con el Mundial de Fútbol a la vista, la oposición argentinos-antiargentinos servirá para articular el discurso acerca de una campaña contra el país orquestada en el exterior, de la que participan propios y extraños²⁷. Sin

²⁶ En reunión de prensa, el 19 de abril de 1977, Videla “informó sobre la acción subversiva”. La estrategia discursiva -que no se inauguraba con esas palabras- de colocar a la subversión en el marco de una lucha internacional por salvar la civilización occidental y cristiana, convertía la lucha de los militares argentinos en una “justa causa” y legitimaba la continuación de sus acciones: “... *la subversión es un fenómeno global* y consecuentemente, si decimos que la subversión nos agrede debemos interpretar que su agresión es también tan global como es global el fenómeno de la subversión. Es justamente a través de esa agresión global que se pretende conculcar la libertad del hombre argentino y cambiar sus sistema de vida por otro a través de la *intimidación*, a través de la *privación de la vida* de militares, de policías, de periodistas, de sacerdotes, de trabajadores, de empresarios. Se pretende conculcar ese bien de la libertad a través de los *lavados de cerebro*, de la confusión de nuestra juventud, de desapegarnos de eso de lo que nunca debimos apartarnos, es decir de nuestros valores tradicionales de familia, de patria, y de Dios. Esa es la subversión y es el *flagelo* contra el cual las fuerzas armadas luchan y pretenden ser comprendidas.”

²⁷ Novaro y Palermo (2003: 160) subrayan: “*Hacia 1977, los militares habían anunciado el triunfo sobre la subversión, y se habían abocado a cosechar los frutos de la victoria. A comienzos del año siguiente ya estaban preocupados por otra cuestión: la ‘campaña antiargentina’.* (...) *El Mundial era un test decisivo, por consiguiente, tanto en lo interno como en lo externo, y podía transformarse en un desastre o darle nuevos motivos para seguir adelante a los jefes procesistas.*” El triunfo deportivo daría a los militares los motivos para seguir y hasta la posibilidad de que Videla dirigiera un mensaje a la población sobre el “saldo del Mundial”, en el que denunciara una “aviesa campaña internacional” que “deformaba la

embargo, poco tiempo después, cuando la “eliminación del enemigo subversivo” es un hecho, se entroniza la idea de la amenaza a la soberanía. Con subversivos a la vista o sin ellos, el mensaje bélico debe continuar. Después de todo y ante todo, el mito de la guerra legitima la presencia de los militares en el poder y los eleva a la categoría de héroes, salvadores de la Patria amenazada.

2- La guerra o la paz

El imaginario de la guerra en el discurso del Proceso justificaba el ejercicio de un poder que utilizaba métodos terroristas en pos de la restitución del orden perdido. Por eso, el opositor se convierte en *enemigo/adversario*²⁸; el país y el mundo occidental y cristiano son *campo de lucha/batalla*; cada ciudadano es un *soldado* y las disputas ideológicas se resuelven con el *exterminio/aniquilamiento* de los opositores. Una disyunción atraviesa el discurso: la guerra o la paz.

Sin embargo, no podemos pensar que la imagen de la guerra es un invento de los militares del Proceso. Evidentemente, debemos reconocer su filiación en el lenguaje propio de las instituciones militares pero, además, la interdiscursividad con los regímenes anteriores.

En los primeros regímenes de facto encontramos una insistente alusión a la *perturbación/alteración* del orden y el llamado a restituir la *tranquilidad*, el *orden*, la *paz*. Este último término interesa en tanto, por la lógica propia de los contrarios, hablar de paz, presupone pensar en la guerra. De manera que, aunque no se explicita, ese término está presente desde el principio como presupuesto.

Bajo el régimen de 1955, y en el contexto de la oposición peronismo-antiperonismo, la imagen de la guerra entra en escena. La guerra se vuelve metáfora de la “enfermedad”

realidad argentina”. La idea de una suerte de cerco internacional a la Argentina, producto del accionar subversivo continuaría al año siguiente. Por eso, en conferencia de prensa del 13 de diciembre de 1979 Videla dice: “... el terrorismo derrotado pretende aislar a la Argentina del resto del mundo amigo, a través de una imagen distorsionada, contando para ello con tres elementos. La desinformación de un pueblo que de tan bueno cree lo que se le dice, la complacencia de algunos elementos que por no afrontar las realidades dejan que ello ocurra y, por último, la posibilidad de contar con ingentes recursos materiales producto de secuestros, atentados, etc.”

²⁸ Filc (1997: 212) sostiene que “... debido a la resemantización del término ‘guerra’, ‘oposición’ era sinónimo de ‘enemigo’, de modo que los ciudadanos perdieron su derecho a cuestionar los actos gubernamentales.”

provocada por el peronismo en la sociedad argentina. Así, por ejemplo, lo enuncia Aramburu en un discurso en Mendoza, el 5 de enero de 1956:

“La tiranía nos ha hecho tanto mal como una guerra. Hay quienes no lo creen porque observan con simplicidad. Al no ver destrucción de ciudades, o muertos, o convalecientes, se resisten a creer lo que se dice. La verdad es que detrás de la fachada hay un cáncer que aún podemos extirpar. Para ello es necesario y fundamental la comprensión de todos los argentinos.”

El discurso se radicaliza; para salvar al país, se debe apelar a una “cirugía” que extirpe el mal. Se está en guerra, primero contra el peronismo; luego, contra el comunismo, ideología que conspira contra el gobierno. Aramburu denuncia la conspiración en su mensaje al país desde la ciudad de Paraná, el 13 de julio de 1957:

“... está en ejecución un plan perturbador que no desprecia medio alguno para llevar adelante una guerra sin cuartel contra el gobierno.”

No obstante, la guerra es por entonces sólo metáfora del caos, de la amenaza. Para que no queden dudas, en el mismo discurso se refuerza la idea de la Argentina en paz, predestinada a la grandeza:

“En nuestra patria argentina tenemos pocas o ninguna causa de fondo que nos separe. Es esta una gracia extraordinaria, una verdadera bendición de Dios que no valoramos en su justa medida. Pocos son los países que pueden presentarse ante el mundo exhibiendo mayor homogeneidad en el elemento humano y sus sentimientos. No tenemos problemas de razas, ni de idiomas, ni de credos, ni de sangres privilegiadas (...) Ese es el pueblo argentino, producto de muchas nacionalidades, como sucesivos injertos en un tronco síntesis de razas, fusión de herencias, mezcla de sangres ... ¡Si diríase que ha sido llamado para los grandes destinos!”

El régimen del 66 retoma este imaginario de la Argentina grande hasta el Cordobazo, momento en que se produce una ruptura discursiva. Onganía expresa las preocupaciones profundas de los sectores más duros de las Fuerzas Armadas: la guerra civil cobra entidad como posibilidad de supremo desorden que debe ser evitado a toda costa. Sin embargo, la guerra proviene de afuera, es una guerra impuesta por el otro, el enemigo de la patria. En su discurso a los militares el 7 de julio de 1969, Onganía caracteriza al enemigo como terrorista que responde a *“un plan perfectamente meditado lejos de nuestras fronteras”*, capaz de *“reclamar al gobierno la paz”* pero, al mismo tiempo, *“ofrecer la guerra”*.

En mensaje al pueblo, el 31 de marzo de 1970, definirá las condiciones desde la perspectiva de la Doctrina de la Seguridad Nacional:

“El país debe contar con un poder militar acorde con las posibilidades que ofrece el desarrollo de la nación; que posibilite disuadir en forma permanente a los eventuales *enemigos externos e internos* (...)

Por otra parte, debemos crear y difundir en la población una verdadera conciencia de *seguridad nacional*, que inspire sus actos y le permita asumir en todo momento la *defensa de nuestra soberanía y de los principios de libertad y de dignidad humana*.”

Al día siguiente del asesinato de Aramburu, Onganía colocará en lugar central la cuestión de la guerra y enmarcará la situación del país en el contexto internacional²⁹. El discurso de la lucha contra el enemigo irá ganando terreno a ese otro discurso, el de la modernización, con que el golpe del 66 inició su historia. El mito de la nación amenazada se pone nuevamente en marcha:

“No se quiere reconocer que *estamos en guerra* en defensa de la libertad, y por eso corremos el peligro de merecer la paz humillante de la esclavitud.

Si no advertimos que *nuestro hermoso país es un campo más de batalla en el contexto de una lucha mundial*; si persistimos en ignorar la crisis de valores de la humanidad, si creemos que la violencia, la sensualidad, la destrucción de la familia y el asesinato constituyen el precio de ser libre, debemos aceptar al menos que ésta no fue la libertad de Mayo, por la cual pelearon en América los Padres de la Patria.”

El mismo tópico de la nación en armas es retomado por Lanusse, en el marco de violencia de comienzos de los 70, durante su discurso en la cena de Camaradería de las Fuerzas Armadas, del 7 de julio de 1971:

“Que nadie se equivoque: contra los perturbadores, agentes del caos y la violencia, *las armas de la patria están en guerra*; ese enemigo debe saber que si pone en juego sus vidas, en su lucha oscura y cobarde, no dudaremos un instante en cobrarnos de ellas, si la situación nos lleva al combate.”³⁰

²⁹ El asesinato de Aramburu funcionará años después a modo de momento fundacional en el discurso del Proceso. El 16 de julio de 1980 Videla le rinde homenaje al general asesinado diciendo: “Como tremenda lección para los que la autorizaron o se alegraron ante ella, *su muerte abrió las puertas a la muerte*. Cuando el triste cortejo de sus amigos marchaba acompañando sus restos a la sepultura, los rencores y las ambiciones estallaron para llevar a la Argentina a una *guerra civil, larga y lenta*. Entonces se iniciaba ‘un período de sombras, destrucción y muerte’.”

³⁰ El tópico de la guerra contra el terrorismo ya había sido abordado por Lanusse antes de llegar a la presidencia en un discurso pronunciado ante el alto mando del Ejército. Si bien plantea la necesidad de enfrentar al enemigo, las consideraciones sobre la metodología a emplear nos permiten contrastarla con la que años después, pondría en práctica el Proceso. Potash (1994 IV: 206) analiza las palabras de Lanusse: “... *manifestó que la nación estaba una vez más en guerra después de un siglo de paz; que éste era un nuevo tipo de guerra en el cual las batallas se combatían no sobre las fronteras sino en los corazones y la mente de las personas. Declarando, tal vez con cierta exageración, que el Ejército estaba en estado de operaciones, advirtió sin embargo contra la adopción de métodos que los propios terroristas empleaban*.”

El tránsito desde la utilización de la metáfora de la guerra para describir la persecución y proscripción del peronismo bajo el gobierno de la Libertadora hasta la adopción del mito de la guerra para concretar acciones terroristas desde el Estado mismo culmina en el Proceso de Reorganización Nacional. En 1975, las Fuerzas Armadas obtendrían la “legalización” de su combate contra la subversión. Una vez en el poder, a partir de marzo del 76, el discurso se saturaría de referencias bélicas, con una clara acción performativa:

“Utilizaremos esa fuerza [la del Estado] cuantas veces haga falta para asegurar la plena vigencia de la paz social. Con ese objetivo *combatiremos, sin tregua, a la delincuencia subversiva en cualquiera de sus manifestaciones, hasta su total aniquilamiento.*” (30/3/76)

“La delincuencia subversiva ha cometido el imperdonable delito de violar la vida humana. La lucha contra el mayor enemigo de nuestra sociedad, exige drásticas medidas. La seguridad nacional será lograda cualquiera sea el grupo o sector que intente vulnerarla. Para ello daremos, día tras día, la batalla en que estamos empeñados, hasta *extirpar definitivamente a la subversión, protegiendo así a la comunidad agredida.*” (24/5/76)

El mito de la Argentina amenazada justifica la idea de la guerra impuesta por un enemigo artero. Expresiones repetidas de manera ritualizada como *una guerra que nos fue impuesta* o *una guerra que las fuerzas armadas no buscaron* producen el efecto de asignar al enemigo los atributos del que actúa a traición y desde la violencia y colocan al pueblo argentino en el lugar de víctima. Ante una guerra impuesta sin declaración formal, las Fuerzas Armadas –en el grado máximo de exaltación de su figura épica- se reservan el rol de protectoras del pueblo argentino y su misión se define a partir de una frase que se hace slogan: “*ganar la paz*”. A continuación y como muestra de la operación discursiva de ritualización rescatamos algunas construcciones generadas a partir del lexema “ganar la paz” en distintos discursos de Videla:

Ganar la paz (24/12/76)

Una paz que merezca ser vivida (10/4/77)

Ganar la paz, una paz que merezca ser vivida (29/5/77)

Ceder a esa tentación, previno, sería un error terrible; socavaría las bases morales de la lucha y ubicaría a las instituciones armadas en el mismo plano ético que el enemigo al que combatían. La victoria, insistió, sólo sería posible si los hombres que participaban en la lucha contra el terrorismo tenían la capacidad de mantener la fidelidad a las normas de conducta que definían el honor militar; de otro modo los motivos por los que se luchaba estarían perdidos.”

Ganar la paz, para concretar la Patria grande y feliz que anhelamos (9/2/78)
Ganar la paz, una paz que merezca ser vivida en libertad, orden y justicia (1/8/78)
Hemos ganado la paz, querida por todos los argentinos (29/3/79)

Pero instaurar la paz no significa el perdón de las ofensas. En tanto el enfrentamiento es concebido como una guerra sin cuartel, no se negocia; el enemigo debe ser aniquilado:

“... la paz no simplemente debe ser deseada; tampoco debe ser solamente pedida y, menos aún, negociada. La paz –lo hemos dicho y repetido- debe ser ganada. Pero una paz que merezca ser vivida y por eso, para nosotros, la paz que deseamos vivir no es el olvido de aquellos que, a través de la violencia de uno y otro signo, fueron justamente quienes quebraron nuestra paz.”³¹

Las consecuencias de la guerra impuesta por el enemigo se vuelven inevitables. El “precio de sangre” de toda guerra debe ser pagado. Por ende, el mito de la guerra justifica la represión³². Aun con el enemigo en retirada o definitivamente derrotado, la guerra seguirá siendo un dispositivo de legitimación; por eso, se insistirá en estar alerta ante la subversión o se inventarán nuevas formas de la guerra para asegurar la eficacia del discurso legitimador.

3- La política en la mira

El país puede ser amenazado de múltiples maneras: los enemigos ejercen su prédica disolvente, esparcen el rumor, calumnian, engañan. Cuando de la política se trata se entra en el reino del engaño, de manera que también la política y los políticos son contruidos en el discurso como enemigos. Todos los regímenes de facto eligen hablar de *falsa democracia* o, preferentemente, de *demagogia*. En el discurso de los militares la demagogia es la que abre paso al desorden, por lo tanto, la política es uno de los males desde los cuales se construye la representación del pasado reciente.

³¹ Videla: Mensaje de Nochebuena, 24 de diciembre de 1977

³² En Conferencia de prensa del 13 de diciembre de 1979, Videla expuso el mito de la guerra: “... se había concluido una dura y dramática lucha que no buscamos y a la que fuimos empujados por la agresión terrorista. Esa lucha, con sus inevitables secuelas fue, precisamente, una decisión del gobierno y la sociedad argentinos para preservar su libertad, su seguridad, sus tradiciones y el más sagrado de los derechos, el derecho a la vida.”. También allí afirmó que el “problema del muerto, de prisionero o del desaparecido” era el precio de sangre de toda guerra. Ante la pregunta sobre si había medidas en estudio sobre los desaparecidos y detenidos, Videla respondió: “No puede tener tratamiento especial, porque no tiene entidad, no está muerta ni viva. Frente a eso –aclaró- no podemos hacer nada, atendemos las consecuencias que produce esa desaparición para los familiares. Si hubiera alguna idea mejor, la aplicaríamos.”

Durante su mandato, Uriburu señala a la política como *elemento disolvente*, razón por la cual subraya que la finalidad de su Revolución no es política, sino institucional. Su argumentación se centra en el esencialismo que presupone que la nación está por encima de los partidos políticos; en tanto las Fuerzas Armadas son el brazo armado de la nación -es decir, protectoras del pueblo- también ellas se colocan por encima de los partidos. Así lo expresa en su discurso en la Escuela de Infantería el 18 de diciembre de 1930:

“Las instituciones armadas deben estar por encima de todos los partidos políticos, de cualquier tendencia que fuesen. Son una garantía para todos; dejarían de serlo tan pronto como colectiva o individualmente respondieran a uno de ellos.”

Uriburu define a las acciones de los políticos como *politiquería* o *demagogia*; el gobierno de los partidos es una *ficción dominada por la oligarquía o la demagogia*. Los políticos -he aquí una analogía con los extremistas- realizan *conciliábulos*, *intrigan*, hacen *declaraciones huecas para retornar al viejo sistema*. Es decir, que se vuelven una amenaza al pueblo, el que *repudia iracundo cuando ha sido engañado*³³. Así, puestos a elegir entre *la falsa y la verdadera democracia*, los militares se proponen crear las condiciones para la segunda, en la que se instauren otras condiciones institucionales. En su mensaje del primer aniversario de la revolución, el 6 de septiembre de 1931 recomienda:

“Desde el día siguiente de la revolución he recomendado la formación de partidos orgánicos que realicen la verdadera democracia, que es el gobierno de los más practicado por los mejores. Para no ser ahogados por la demagogia es menester que la voluntad de las masas sea traducida por órganos políticos regulados, en los que se elabore la selección indispensable para llevar a los más aptos a la dirección del Estado.”

En el mismo sentido, los golpistas del 43, propondrán como meta la transformación en la orientación de los partidos políticos, mediante una *“tarea de moralización”* de los partidos políticos que lleve a la distinción entre *falsos y verdaderos políticos*. El golpe de estado se justifica en el objetivo - pedido por el pueblo- de *“radiar a los malos*

³³ Estas expresiones fueron tomadas del manifiesto en que el general Uriburu sometió al pueblo las reformas a la Constitución Nacional, 9 de junio de 1931.

políticos”³⁴. Así lo enuncia Ramírez, en la cena de Camaradería de las Fuerzas Armadas, el 6 de julio de 1943:

“Este estado de *corrupción* fue creado, en primer término por *la acción negativa y perniciosa de los malos políticos que fomentaron la indisciplina, la venalidad y el fraude*, aun en los actos que reglan la vida interna de los partidos a que pertenecían (...) es imprescindible que los partidos políticos se depuren de los malos elementos, alejándolos de su seno, para reorganizarse sobre sólidas bases, que los conviertan en verdadera escuela de cultura cívica.”

Farrell insiste con el tópico de la culpabilidad de los malos políticos. Dice el 4 de junio de 1944 que las fuerzas políticas son *indignas de ejercer la representación popular* debido a sus características negativas:

las fuerzas políticas

- *tienen instinto ambicioso sin sentido constructivo*
- *realizan tareas negativas*
- *traicionan deberes y obligaciones*
- *arriesgan la vida y tranquilidad de la Nación*
- *son factores perjudiciales, inoperantes*

Fiel a sus ideas acerca de la política y los políticos, exactamente un año después, Farrell dirá que la propaganda demagógica es una “*democracia verbalista que perturba y desfigura el verdadero espíritu del pueblo argentino*”.

Tiempo después, el régimen inaugurado en septiembre del 55 retomará temas de los gobiernos militares anteriores pero profundizará las dicotomías en el afán de separar tajantemente la *demagogia peronista* de la *verdadera democracia* que se debía conquistar. Como estrategia discursiva clave se introduce la operación según la cual el pueblo es colocado como víctima del engaño del demagogo. En el discurso del 1 de mayo de 1956, Aramburu dice:

“El engaño vino del conductor providencial al trabajador y no a la inversa, por donde el más indefenso fue la gran víctima de la partida.”

Ante la indefensión del pueblo se alza la sabiduría de las Fuerzas Armadas que pueden diferenciar verdad de falsedad:

³⁴ Farrell: Mensaje al pueblo de la nación, 4 de junio de 1944.

“La cuestión, y esto lo saben los que visten el uniforme de la Nación, es que *junto al político auténtico estará el falso, junto al demócrata sincero estará el demagogo*, junto al adversario franco y leal jugarán armas ocultas, con rostros ocultos y con ocultas intenciones.”³⁵

Aramburu separa, pues, a los verdaderos políticos de los falsos, aquellos que *hablaron, prometieron y engañaron*. La Revolución Libertadora no se propone la eliminación de los partidos políticos, sino exclusivamente la “desperonización” de los sectores trabajadores, a los que deberá convencer de que hay políticos confiables tras los cuales pueden alinearse:

“La revolución ha comprobado que la gran mayoría de los hombres políticos, proceden impulsados por sus ideales y custodiados por su renunciamento, austeridad y aun pobreza. El poder, para ellos significa la oportunidad de hacer bien a sus compatriotas.”³⁶

En el discurso del 10 de noviembre de 1956 insiste en el tema de la falsa y la verdadera democracia, con el efecto de señalar el carácter totalitario del peronismo y la necesidad de fundar una nueva democracia:

“La *auténtica democracia* nos permite profesar las ideas políticas más diversas, así como también defender plenamente nuestros derechos gremiales y, con todo vigor y fuerza, las posibilidades de una vida mejor.
La *falsa democracia totalitaria*, en contraste, da libertad para pensar como se ordena, quita derechos de los que trabajan mientras levanta sus banderas y asegura la posibilidad de una vida de sometimientos al estado absoluto.”

En esa tarea de refundación de la democracia los militares se asignan el papel protagónico, ya que, como en los regímenes de facto anteriores, se colocan por encima de los partidos políticos, en el rol de tutores de la sociedad civil:

“Nosotros, que no tenemos fracción política propia, y que nada personal esperamos, estamos en las mejores condiciones para ofrecer al pueblo la oportunidad de expresarse con entera libertad, para que su decisión sea auténticamente representativa de la voluntad nacional.”³⁷

³⁵ Aramburu: Discurso en Salta, 17 de agosto de 1956.

³⁶ Aramburu: Discurso en la ciudad de San Luis, 4 de agosto de 1956.

³⁷ Aramburu: Discurso al país con motivo de las elecciones, 27 de julio de 1957.

En los años 60, la llegada al poder de Onganía se produjo en un marco internacional y nacional totalmente diferente. El contexto nacional se hallaba signado por una desvalorización del papel de los partidos políticos, ya que como sostiene de Riz:

“Entonces, la política entendida como vigencia de las instituciones democráticas no era la clave para lograr sacar al país del atraso. Los partidos políticos eran considerados instituciones arcaicas, mal preparadas para afrontar los desafíos que acarrea la empresa modernizadora, tanto por la derecha del espectro político como por la izquierda.” (de Riz, 2000: 25)

Al asumir Onganía los políticos son señalados como culpables de los males del país, es decir, que tal como habían hecho los regímenes de facto anteriores, las Fuerzas Armadas se colocan por encima de la política y los políticos para ofrecer una solución no consensuada con la sociedad civil. Pero en esta oportunidad queda claro desde el vamos que para la transformación que se propone, los partidos políticos no son necesarios, de manera que son disueltos³⁸. En repetidas ocasiones, Onganía da cuenta de lo que entiende por el fracaso de los partidos políticos y no oculta su preferencia por una “solución impuesta desde arriba”:

“La historia de estos últimos cien años es en gran parte la historia de nuestros partidos políticos. Circunstancias conjugadas determinaron su fracaso frente a los problemas de la hora. Nacidos al amparo de la libertad, para asegurar un régimen que fuese representativo a la vez que federal, segaron luego las bases de su sustento convirtiéndose en organizaciones cerradas, en las cuales sus hombres fueron subordinados a las exigencias circunstanciales de la lucha por el poder. Cuando un sistema no puede corregir sus propios defectos va camino al caos. Entonces *la solución debe serle impuesta desde afuera*. Que fue lo que ocurrió.”³⁹

De todos modos, en el proyecto de Onganía, la política sería el último tiempo a abordar, después de haber realizado primero el tiempo económico y luego el tiempo social. Así, la democracia se convierte en un objetivo a cumplir a muy largo plazo, tan largo que no se le pone fecha y se lo sitúa en un futuro lejano y nebuloso. Acerca de este tema, Onganía dice el 6 de julio de 1967:

“Volveremos a la democracia, pero no a la ilusión de la democracia.”

³⁸ La autodenominada Revolución Argentina adosó a la Constitución nacional un Estatuto de la Revolución Argentina, disolvió el Parlamento y los partidos políticos, cuyos bienes fueron confiscados y vendidos.

³⁹ Onganía: Discurso por cadena nacional, 30 de diciembre de 1966.

En el mismo discurso insiste en el tópico de la construcción de una auténtica democracia a partir de la renovación de la dirigencia política:

“Hay una generación política que no puede insistir en la búsqueda de soluciones que no supo encontrar en su momento. La unidad espiritual del país exige el gesto cívico de su renunciamento, y que la nueva generación adquiera una representatividad auténtica para que consolide la Revolución en el futuro al cual se lanza el país.”

Durante el último régimen militar, a partir de la concepción de que la demagogia era la culpable de los males del pasado, también se distribuyeron culpas sobre los políticos y sus instituciones. La primera medida tomada en este plano fue la suspensión de las actividades de los partidos políticos como “contribución a la paz interior”⁴⁰. Esta idea de paz interna muestra que, sin lugar a dudas, la política como todas las actividades de la sociedad, quedaba supeditada al tema de la guerra contra la subversión.

En su discurso del 30 de marzo de 1976 Videla alude al tema de los partidos políticos, haciendo la salvedad de que en un futuro se retomará la actividad política:

“Si las fuerzas armadas han impuesto una *suspensión de las actividades de los partidos políticos como contribución a la pacificación interna*, reiteran su decisión de asegurar en el futuro la vigencia de *movimientos de opinión* de auténtica expresión nacional y con probada vocación de servicio.”

En ese discurso se inaugura una expresión muy cara al proyecto político de los militares; se trata de *movimientos de opinión*, denominación ambigua que sustituye a la de partidos políticos. En la práctica, esta sustitución léxica se correlaciona con el proyecto fundacional de las Fuerzas Armadas según el cual se implementaría una salida institucional una vez cumplido el objetivo de desarticular la democracia de masas.

Más allá de las disidencias -que las había y muchas⁴¹- acerca de cuál debía ser el camino a seguir y cuáles los plazos temporales, los militares del Proceso coincidían en

⁴⁰ La suspensión de las actividades políticas se impuso en marzo de 1976 pero recién en junio se dictaron tres leyes que reglamentaban esta disposición. La ley 21.323 suspendía las actividades políticas mientras que las leyes 21.322 y 21.325 prohibían expresamente ciertas organizaciones enumeradas en el cuerpo de la ley. Esta prohibición afectaba a las organizaciones de izquierda, que al quedar fuera de la ley se convertían en blanco más fácil de la represión.

⁴¹ Para un análisis pormenorizado de los “proyectos políticos” procesistas, ver Yannuzzi (1996), Seoane y Muleiro (2001) y Novaro y Palermo (2003)

una concepción elitista de la política⁴². A partir de esta ideología restrictiva de la participación política, veían a la democracia de masas –a la que preferían adjetivar como *falsa* o la denominaban *demagogia*- como un sistema que debía suprimirse en beneficio de la implantación, a largo plazo -como objetivo final del Proceso- de una *auténtica/verdadera/sustantiva democracia que sea seriamente republicana, auténticamente representativa y con verdadero sentido federalista*⁴³. Esta promesa de una democracia auténtica opera como argumento de validación del régimen, que debe continuar en el poder hasta haber creado las condiciones para que ella sea posible. De hecho, la formulación de esos prerequisites nos lleva nuevamente al tema de la subversión porque hasta que no se cumpliera la tarea de depuración ideológica que suponía restituir la homogeneidad constitutiva de la nación, la salida política era una imposibilidad.

Evidentemente, los políticos no reunían las condiciones morales necesarias para conducir al país hacia la grandeza futura. En el discurso del 29 de mayo de 1978, mediante un proceso de axiologización, Videla construye el deber ser de la política:

“La política debe tener, entonces, un sentido ético y un contenido moral que la caracterice, la justifique y la haga necesaria como actividad humana. Ello debe evidenciarse en su fondo pero también en su forma.

Porque, al igual que la conducta, ella es reflejo del espíritu y la personalidad del ciudadano.”

Este deber ser se impone frente a la construcción discursiva que establece una relación entre política y corrupción. Si bien a este vínculo podemos comprobarlo en todo el período en análisis, desde las críticas de Uriburu al radicalismo en adelante, durante el Proceso se particulariza la concepción de que *los corruptos*, al igual que *los subversivos* y *los que se automarginan* quedan fuera del diálogo con el gobierno. De manera que subversión y política comparten algunos sentidos; unos y otros llevan con sus acciones a la descomposición de la sociedad; unos y otros son *sectarios*. Sin embargo, mientras que a los subversivos se los debe exterminar, a los políticos -siempre

⁴² Yannuzzi (1996: 569) sostiene que: “En 1976 las Fuerzas Armadas compartían, aunque fuera en términos generales, ciertos objetivos, tales como el aniquilamiento de la subversión y la anulación de la democracia de masas. Y si la democracia de masas debía abolirse era porque el ‘hombre común’ –según la concepción de muchos ‘procesistas’, incluso los más moderados-, obligado a politizarse ante el hecho de las elecciones periódicas, terminaba facilitando que la ‘corrupción’ se insertara en el sistema. Dicho en otros términos, la democracia de masas conducía inexorablemente a la perversión de la política.”

⁴³ Videla: Mensaje al país, 24 de mayo de 1976.

y cuando no hayan sido incluidos en el conjunto de los subversivos, como sucedió en muchos casos- se los puede “reeducar”. Así lo enuncia Videla en su discurso del 30 de agosto de 1979:

“Los partidos políticos. Serán en su momento los protagonistas inexcusables del sistema a su cargo, superando con una visión universalista los intereses sectoriales, para brindar su consenso a los temas fundamentales de la Nación.
Recae también sobre ellos la grave responsabilidad de llevar a efecto una renovada acción docente sobre sus cuadros como sobre la ciudadanía toda.”

De esta forma, la responsabilidad cívica se establece como prerrequisito para que los civiles vuelvan al poder. Pero esa responsabilidad debe ser aprendida y los únicos que están en condiciones de enseñar –dada su integridad moral- son las Fuerzas Armadas. Planteadas así las cosas, la “pedagogía” de los militares necesitaría de muchos años para alcanzar sus objetivos de reeducación de la sociedad civil, lo que abriría la perspectiva de continuar en el poder de manera indefinida. Sin embargo, los acontecimientos posteriores darían por tierra con las pretensiones docentes de los militares y llevarían al retorno de la democracia.

Conclusiones

La construcción discursiva del contradestinatario puede ser comprendida cabalmente en una tradición de lenguaje que trasciende incluso la propia formación discursiva en que se inscriben los discursos de los presidentes militares. Razón por la cual, aún cuando nuestro corpus se circunscribió a esos discursos en particular, no perdimos de vista la necesidad de caracterizarlos tanto en la interdiscursividad entre cada uno de los regímenes de facto como en su interdiscursividad con “otros discursos”.

En la memoria de la larga duración del golpismo en la Argentina del siglo XX, hallamos como constante la persistencia en el discurso de la representación del enemigo como figura siempre acechante y amenazante para el destino de grandeza de la nación.

Como caracterización general, el discurso de los presidentes militares se construye en procesos de axiologización que oponen el bien al mal y el orden al desorden, o lo que

es lo mismo, la disciplina a la indisciplina. En el caso particular del tema abordado en este artículo, el enemigo es presentado a través de oposiciones fuertes que llegan a la máxima disyunción: la guerra o la paz. Se produce la continuidad en el uso de ciertas metáforas ligadas al esencialismo y al organicismo y de mitos políticos, tales como el de la nación amenazada y el de la conspiración.

Hemos dado cuenta también de los momentos de ruptura discursiva en los que se produjeron cambios que implicaron la desaparición de ciertos conceptos y de aquellos en que emergieron nuevos términos. Así es como del análisis surge que el uso persistente y abusivo de términos tales como *subversión* puede ser situado en un origen discursivo y en un proceso de imposición en el lenguaje.

A diferencia de aquellas investigaciones orientadas a analizar la oposición a cada golpe de estado en particular desde una perspectiva histórico-política, en este trabajo hemos abordado un estudio comparativo que reconoce como cuestiones centrales el vínculo entre historia y lenguaje y la historicidad del lenguaje político.

Bibliografía

- Buchrucker, Christian (1999) [1987] *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana
- Charaudeau, Patrick y Maingueneau, Dominique (directores) (2005) *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires, Amorrortu
- Chirico, María Magdalena (1987) *El proyecto autoritario y la prensa para la mujer: un ejemplo de discurso intermediario*, en Verón, E. (1987) *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette
- Filc, Judith (1997) *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires, Biblos
- Girardet, Raoul (1999) [1996] *Mitos y mitologías políticas*. Buenos Aires, Nueva Visión
- Goldman, Noemí (1989) *El discurso como objeto de la historia*. Buenos Aires, Hachette
- Hamsher-Monk, Ian; Tilmans, Karin y Van Vree, Frank (ed.) (1998) *History of concepts: comparative perspectives*. Amsterdam, Amsterdam University Press
- Koselleck, Reinhart (1993) *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Buenos Aires, Paidós
- Lozano, Jorge; Peña-Marín, Cristina y Abril, Gonzalo (1997) *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*. Madrid, Cátedra

- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003) *La dictadura militar (1976/1983) Del golpe de estado a la restauración democrática*. Volumen 9 de la Historia Argentina. Buenos Aires, Paidós
- Orlando, Eni (1993) *Discurso fundador (A formação do país e a construção da identidade nacional)*. Campinas, Ponte
- Perelman, Ch. y Olbrecht Tyteca, L. (2000) [1989] *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid, Gredos
- Potash, Robert (1994) *El ejército y la política en la Argentina*. Vol. I a IV. Buenos Aires, Sudamericana.
- Rouquié, Alain (1981) (1982) *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Vol. I y II. Buenos Aires, Emecé
- Seoane, María y Muleiro, Vicente (2001) *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires, Sudamericana
- Svampa, Maristella (2003) *El populismo imposible y sus actores, 1973-1976*, en James, D. (director de tomo) *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Tomo IX de la Nueva Historia Argentina. Buenos Aires, Sudamericana
- Vezzetti, Hugo (2002) *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI
- Wodak, Ruth y Meyer, Michael (2003) *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona, Gedisa
- Yannuzzi, María de los Angeles (1996) *Política y dictadura*. Rosario, Fundación Ross

<p>Los adversarios de la Revolución</p> <p>Los bandoleros</p> <p>Los charlatanes Los que engañan al país</p> <p>Ciertos políticos La politiquería</p> <p>Las mayorías políticas demagógicas Los caudillos Las federaciones de caudillos Los hombres que se solidarizan con el régimen depuesto Algunos núcleos de estudiantes</p>	<p>Los enemigos de la propia Patria Los antiargentinos</p> <p>Los elementos que se empeñan en torcer el rumbo de la Revolución</p> <p>Los descontentos Los equivocados</p> <p>La prédica disolvente</p> <p>Las facciones de prédicas anárquicas y extremistas Los falsos apóstoles Los calumniadores Los detractores</p> <p>Los malos políticos</p> <p>La propaganda demagógica</p>	<p>Los enemigos de la democracia</p> <p>Los enemigos emboscados Los conspiradores Oscuros personajes Los infiltrados</p> <p>Los equivocados Los incondicionales Los indiferentes</p> <p>Los mercaderes de fantasías Los embaucadores</p> <p>Los políticos</p> <p>Los falsos políticos La falsa democracia Los demagogos</p>	<p>Los enemigos de la Patria</p> <p>Los descontentos</p> <p>Los inadaptados</p> <p>La prédica disolvente</p> <p>Los partidos políticos</p> <p>La falsa democracia</p>	<p>Los antiargentinos</p> <p>Los emboscados El enemigo solapado</p> <p>Los equivocados</p> <p>Los indiferentes</p> <p>Los corruptos</p> <p>La falsa democracia La demagogia</p>
---	---	---	---	---

Bibliografía

- Buchrucker, Christian (1999) [1987] *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana
- Charaudeau, Patrick y Maingueneau, Dominique (directores) (2005) *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires, Amorrortu
- Chirico, María Magdalena (1987) *El proyecto autoritario y la prensa para la mujer: un ejemplo de discurso intermediario*, en Verón, E. (1987) *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette
- Filc, Judith (1997) *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires, Biblos
- Girardet, Raoul (1999) [1996] *Mitos y mitologías políticas*. Buenos Aires, Nueva Visión
- Goldman, Noemí (1989) *El discurso como objeto de la historia*. Buenos Aires, Hachette
- Hamsher-Monk, Ian; Tilmans, Karin y Van Vree, Frank (ed.) (1998) *History of concepts: comparative perspectives*. Amsterdam, Amsterdam University Press
- Koselleck, Reinhart (1993) *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Buenos Aires, Paidós
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003) *La dictadura militar (1976/1983) Del golpe de estado a la restauración democrática*. Volumen 9 de la Historia Argentina. Buenos Aires, Paidós
- Orlando, Eni (1993) *Discurso fundador (A formação do país e a construção da identidade nacional)*. Campinas, Ponte
- Perelman, Ch. y Olbrecht Tyteca, L. (2000) [1989] *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid, Gredos
- Rouquié, Alain (1981) (1982) *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Vol. I y II. Buenos Aires, Emecé
- Seoane, María y Muleiro, Vicente (2001) *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires, Sudamericana
- Svampa, Maristella (2003) *El populismo imposible y sus actores, 1973-1976*, en James, D. (director de tomo) *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Tomo IX de la Nueva Historia Argentina. Buenos Aires, Sudamericana
- Vezzetti, Hugo (2002) *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI
- Wodak, Ruth y Meyer, Michael (2003) *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona, Gedisa
- Yannuzzi, María de los Angeles (1996) *Política y dictadura*. Rosario, Fundación Ross